

**I CONCURSO DE
RELATOS DE TERROR
¡¡ÁBRETE LIBRO!!**

VV.AA.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada, copiada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, óptico, informático, reprográfico, de grabación o de fotocopia, o cualquier medio por aparecer, sin el permiso expreso, escrito y previo del autor.

Todos los derechos reservados.

Impreso en España. Printed in Spain

Copyright 2008 ® Los autores respectivos

Primera edición: 2008

Cuadro de portada: © 2008 Fabián Branada

Edición a cargo de: Lucía Bartolomé, Rayco Cruz y Beatriz

Sánchez

Índice

MI CONTRIBUCIÓN A LA HISTORIA	
Oooo	7
ODIO A LOS INCRÉDULOS	
Sebastián Roa (Lacedemonia).....	21
LA INMOBILIARIA	
Yolanda Villaverde (yoy).....	27
RESPIRA	
Rayco Cruz Fernández (Roland).....	39
UNDERGROUND'S FLY	
Vicente Quijano Álvarez (Takeo).....	49
LA MIES	
Raúl Soto (rsoto21).....	59
DIARIO DE PATRICIA URQUIJO	
El Ekilibrio.....	67
EL EMPALADOR	
birrico.....	77
EL HOMBRE DE LA BATA RAÍDA Y LA BELLEZA PERSONIFICADA	
J.J.Buch.....	91
TENTÁCULOS DE BRUMA	
Jaime Juárez (Jaime).....	99
EL CIELO GRIS	
Luis Bermer.....	105
NOTA.....	111

MI CONTRIBUCIÓN A LA HISTORIA

Ooooo

Ganador del concurso de relatos

“¡No pude parar desde que me enteré, Echaopalante! (...) ¡Ya sólo me quedaba juntar el dinero, Cojoneslargos! (...) ¡Y después te busqué, Juansinmiedo!”. Echaopalante, Cojoneslargos, Juansinmiedo y muchos otros motes más era el inuk que aceptó guiar al inglés hasta el viejo barco. El inglés era Henry McAskill, 30 años, orondo, gran bebedor y mejor comedor, parlanchín y montado en un trineo al lado de un inuk indistinguible de cualquier otro inuit para el típico inglés, que en el fondo los considera poco más que animales. El inuk no entendía casi nada de lo que decía, pero aun así McAskill se tiró todo el viaje gritándole cómo había acabado en el ártico, que se puede resumir en lo siguiente.

En 1845 los barcos británicos Erebus y Terror partieron con la misión de encontrar el legendario Paso del Noroeste, o lo que es lo mismo, dar con la forma de llegar a Asia en barco a través del Ártico, un objetivo económico y geoestratégico de primer orden para la Inglaterra victoriana. Al frente de la expedición estaba sir John Franklin, explorador del máximo prestigio y experiencia en la

zona ártica, a quien se dotó de cuanto pidió, pues la empresa no podía fallar. Pero lo hizo. Pasaron el estrecho de Hudson, el canal de Foxe, y, a la altura del golfo de Boothid, no se supo más de ellos. Salieron expediciones en su búsqueda, pero en realidad casi todas fingían para hacerse con fondos e intentar ser los primeros en llegar al polo norte. Lo único a lo que aferrarse era lo que los miembros de una tribu inuit dijeron mientras mostraban utensilios de la tripulación: que vieron hundirse uno de los barcos y que encontraron cuerpos mutilados de sus tripulantes. Esto concordaba con los pocos restos encontrados por ingleses, por lo que la prensa insinuó una palabra maldita, canibalismo. “Eso es impensable en súbditos de la Corona Británica”, escribió Charles Dickens, el más renombrado de los innumerables chupatintas incapaces de comprender el significado de la palabra supervivencia.

Finalmente se corrió un conveniente velo sobre una expedición cuyo recuerdo sólo podía traer infamia al país. Para retomar esa historia abortada habría que esperar a finales de 1888, en Nochebuena, cuando las lenguas se desatan al calor del vino y se puede enterar uno de datos valiosos. Hay gente que así obtiene información privilegiada para los negocios, no fue el caso de McAskill, soñador por naturaleza. Así se enteró de que esa expedición se repetía al menos una vez por siglo desde que reinaba Isabel I, y que además del interés pragmático tenía otro oculto, nada más y nada menos que encontrar la Puerta del Inframundo, que sin duda andaba por esos hielos. Este “sin duda” fue pronunciado por John Dee, consejero de la reina, matemático,

astrónomo y geógrafo. Pero también astrólogo, adivino, hermético y espía secreto de su majestad, a quien informaba de sus hallazgos en cartas firmadas con la cifra 007, cifra que sería vulgarizada *ad nauseam* unos siglos después. Al parecer esto último no lo adivinó.

Al conocer esto, McAskill tuvo claro que partiría en busca del barco que no se hundió y que bien podría seguir atrapado en el hielo. Allí esperaba encontrar alguna pista sobre la Puerta del Inframundo. El principal problema era el que le acompañaba desde que nació, el dinero. Tras buscar sin pausa durante parte de 1889, dio con una sociedad ocultista recién creada, la Golden Dawn. No le permitían ingresar en ella, así que se infiltró haciendo un butrón cual ladrón y montó un numerito para que le escucharan. Para su sorpresa, estaban totalmente de acuerdo con él, ya que conocían el tema y sólo les faltaba el valor que sobraba a McAskill. Le financiarían bajo la condición de que fuera solo, así se mantendría el secreto y el montante sería asumible. En menos de una semana, el tarambana de McAskill ya se había enrolado en un navío para cruzar el atlántico, y después en otros hasta que, en verano de 1889, contactó con la tribu inuit que vio hundirse uno de los barcos, convenció a un inuk de alma aventurera para que le guiara y partieron.

Allá iban McAskill, el inuk, el trineo y veinte perros, diez tirando y diez atados detrás para darles relevo. El joven nómada inuk era conocedor de buena parte del ártico, cazador de focas, pescador de krill y muchos otros pequeños saberes más que le convertían en un profesional de la supervivencia polar. Esa comida no gustaba a McAskill, quien no hacía más que despoticar

sin percatarse de que sus anheladas latas de conservas pesarían mucho, se congelarían y habría que llevar combustible para calentarlas, lo que aseguraría el fracaso de la expedición. También se quejaba del paisaje, monótonamente blanco y mezcla de tierra y mar. Tan pronto se hallaban sobre dunas de nieve apelmazada como en un valle rodeado de colinas de hielo o rodeando una gran zona erizada como si hubieran congelado el mar bajo una tormenta. Pero eso no era lo peor, sino que era cambiante. Los animales y el inuk dormían a pierna suelta, pero McAskill dormía poco y mal porque siempre era de día, y se oía el largo ¡craaaaaaak! del surgimiento de una falla de hielo triturado, o el ¡choooooof! de varias toneladas de hielo que caían al agua convirtiéndose en un pequeño iceberg. Para darse ánimos se imaginaba de vuelta a Inglaterra habiendo conseguido lo que llamaba “mi contribución a la Historia”.

Cuando llevaban unas tres semanas de marcha avistaron el barco. El inuk lo señaló contentísimo, pero McAskill frunció el ceño, apretó los dientes y olvidó su locuacidad para siempre. Llegar hasta el barco no fue fácil, ya que la ventisca polar habitual soplaba allí mucho más fuerte y el barco estaba al final de una cuesta arriba. Tras el navío estaba lo que fue y volvería a ser un titánico iceberg tabular, pero en esa época sólo era una estática meseta que lo protegía y enmarcaba de tal forma que, admitámoslo, daba miedo. Según se acercaban no dejaron de mirar al barco, un velero no demasiado grande, con las velas izadas, la cubierta dividida en tres alturas de proa a popa siendo la central la más baja, y una pequeña chimenea que sobresalía de la cubierta

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

